

ticulación de otras estructuras pastorales presentes en la Iglesia local: concretamente, las comunidades complementarias y la pastoral de emigrantes. La idea principal puede resumirse en el término «flexibilidad» o acomodación de la organización eclesial al servicio de la misión en cuanto criterio hermenéutico para articular la unidad y la variedad.

La tercera parte prolonga el estudio de la variedad en la Iglesia abordando algunas formas asociativas eclesiales, y su comunión en el seno de la Iglesia local: en concreto, los movimientos eclesiales y su inserción en la vida de la Iglesia particular, su relación con la institución parroquial, y la Vida consagrada en relación con la Iglesia local. La idea principal de esta parte tercera es que los diversos carismas, las múltiples vocaciones, el testimonio de la vida consagrada, la acción apostólica de las variadas instituciones, las riquezas vitales y estructurales de la Iglesia universal, todas las exigencias de su misión en el mundo, tienen su hogar (*existunt, insunt et operantur*) en la Iglesia particular.

José R. Villar

Ángel María NAVARRO LECANDA, «*Colloquium salutis*». *Para una teología del «diálogo» eclesial. Un dossier*, Ed. Eset («Victoriensia», 80), Vitoria 2006, 315 pp., 17 x 24, ISBN 84-7167-147-6.

Coincidiendo con el cuarenta aniversario del Concilio Vaticano II, este estudio quiere recordar la célebre encíclica programática de Pablo VI, *Ecclesiam suam*, sobre el «diálogo» como camino para la misión de la Iglesia, aparecida durante la segunda intercesión conciliar.

A partir del hondo significado que otorgaba Pablo VI al tema, el autor re-

toma la categoría de «diálogo» para ofrecer, como anuncia el subtítulo del libro, un verdadero *dossier* documental, que por sí mismo pone de relieve la vigencia del tema para la evangelización y la autoconciencia eclesial en la actualidad. La Enc. *Ecclesiam suam* constituye, entiende el autor, uno de los elementos hermenéuticos importantes para leer los documentos del Concilio, que entonces se encontraban en elaboración, y que recogen la «sensibilidad dialógica» de Pablo VI. Además, la categoría de «diálogo» reclama una comprensión adecuada, si quiere recuperarse toda su valencia teológica y pastoral. En este sentido, el autor propone introducir la categoría en el discurso reflexivo, de manera que despliegue su capacidad configuradora de una teología y de una praxis eclesial verdaderamente «dialógicas».

Para ello, el estudio establece, en primer lugar, el patrimonio de pensamiento generado a partir de la Enc. *Ecclesiam suam*. La primera parte del trabajo recoge, en tres capítulos, la impronta de la encíclica en el Concilio Vaticano II. En la segunda parte, pasa a recopilar, en cinco capítulos, el *corpus* doctrinal que ha prolongado aquellas primeras orientaciones de Pablo VI en distintos sectores de la vida de la Iglesia: diálogo ecuménico, diálogo interreligioso, diálogo con los no creyentes, diálogo intraeclesial.

El autor advierte que esta documentación debería ser analizada ulteriormente con vistas a una teología sistemática del diálogo eclesial, del «colloquium salutis». Su tarea consiste, afirma, en poner a pie de obra los materiales. Con todo, el amplio epílogo con el que cierra su trabajo supera esa modesta intención: ofrece un verdadero proyecto de lo que podría ser una «teo-

logía del diálogo» que llene la laguna existente en la actual reflexión teológica al respecto.

José R. Villar

Alejandro MARTÍNEZ SIERRA, *La Inmaculada y el misterio del hombre*, BAC («Estudios y Ensayos, Serie Pastoral», 68), Madrid 2004, 191 pp., 14 x 20, ISBN 84-7914-749-0.

El P. Alejandro Martínez Sierra es bien conocido entre los teólogos españoles. Escribe este libro con motivo del 150 aniversario de la definición dogmática de la Inmaculada. Está escrito no sólo para celebrar esta efemérides, sino con «el deseo de dar respuestas a los interrogantes profundos que, en ocasiones, llegan a negar la existencia de este dogma mariano» (p. xii). De hecho la atención de Martínez Sierra se centra especialmente en dos «interrogantes»: la exención de la concupiscencia de Santa María como consecuencia de la ausencia de pecado original y la relación de la concepción inmaculada con la enseñanza cristiana en torno al pecado original.

El libro está estructurado en dos partes. La primera está dedicada a la doctrina de la Inmaculada; incluye el elenco de las objeciones contra la Inmaculada a las que quiere responder y una presentación ordenada y clara de todo lo concerniente a la enseñanza católica sobre este dogma, desde el fundamento bíblico hasta la historia del dogma y los elementos esenciales de la Bula «Ineffabilis Deus». Es aquí donde se encuentran los dos capítulos que tratan las dos cuestiones a las que quiere responder especialmente: *Inmaculada y concupiscencia* (pp. 85-104) e *Inmaculada y teología del pecado original* (pp. 105-126). La segunda parte lleva como título *La Inmaculada en el plan de salvación*

(pp. 127-172), y es una hermosa presentación de la relación de la enseñanza sobre la Inmaculada Concepción con tres capítulos fundamentales de la doctrina cristiana: la antropología, la cristología y la eclesiología. Martínez Sierra sabe recoger aquí su larga experiencia de escritor, y consigue unas páginas profundas y asequibles, que muestran cómo la Inmaculada Concepción no es una verdad caída como un aerolito en medio de la trayectoria dogmática de la Iglesia, sino una verdad entrelazada coherentemente con los núcleos fundamentales de la enseñanza cristiana. El libro termina con un temario homilético para una novena de la Inmaculada, que resulta muy útil.

La estructura de la obra, dice Martínez Sierra, está motivada por el deseo de dar respuesta a los interrogantes profundos que, en ocasiones, llegan a negar la existencia de este dogma mariano (p. xiii). Esto quiere decir que de un modo u otro está presente la perspectiva apologética con los riesgos que esto comporta.

En el capítulo dedicado a tratar de la existencia de concupiscencia en la Virgen, Martínez Sierra cita a J.L. Bastero como uno de los autores que defienden que Santa María estuvo inmune del *fomes peccati*. Esta inmunidad, según el mismo Bastero, no ha sido objeto de la definición dogmática de la *Ineffabilis Deus*, pero ha sido defendida comúnmente por los teólogos. La razón es muy sencilla: la total santidad de la Virgen parece excluir cualquier connivencia con el pecado aunque sea previa a la reflexión consciente (p. 93). A mi modesto entender, la clave para comprender esta posición de tantos teólogos está en la expresión latina que se usa para hablar de este asunto: *fomes peccati*, que se podría traducir muy bien por concupis-